

porque la inducción ha recibido ya una justificación que resulta válida, lo mismo si la naturaleza es uniforme que si no lo es. En las obras de Reichenbach, *Experience and Prediction* y *The Theory of Probability*, se sostiene que su justificación consiste en que si el futuro puede ser predicho, las reglas de la inducción, sin más, capacitarán para predecirlo.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

RYLE, (Gilbert): *Proofs in Philosophy*, en «Revue internationale de Philosophie», Bruselas, año VIII, enero-junio 1954, fasc. I-II (págs. 150-157).

Con curiosa expresividad (véase el párrafo que abre el trabajo: «Philosophers do not provide proofs any more than tennis-players score goals»), Gilbert Ryle separa claramente el campo de la prueba de la tarea filosófica. La prueba no puede darse más que dentro de un sistema, mientras que la discusión filosófica trasciende los sistemas, es meta-teórica. La argumentación filosófica no es una operación con premisas y conclusiones, sino una operación sobre operaciones, con premisas y conclusiones. Este es el motivo de que no pueda tratarse un tema filosófico como si fuera un tema matemático, y no, como a veces se sostiene, que los matemáticos empleen términos de alcance concreto mientras los filósofos utilizan el lenguaje impreciso de la conversación diaria. Conceptos usados en filosofía, tales como número, infinitesimal, punto, etc., son los mismos términos matemáticos. El intento de igualar las expresiones numéricas con las de cualidad, intento demolido por Frege, fracasó no porque fueran inexactos los datos matemáticos empleados, sino porque la nivelación de sistemas estaba mal hecha.

Los problemas filosóficos implican «masas de vehículos conceptuales de diferentes clases y moviéndose en diferentes direcciones» que chocan en «encrucijadas conceptuales»; muchos de ellos precisan ser colocados bajo control conjunto y es complicado poner de acuerdo a científicos y matemáticos en una discusión filosófica. Para resolver el problema no basta, diremos con otra imagen del profesor Ryle, que cada conductor maneje bien su propio vehículo.—M.^a ELISA MASEDA.

SELVAGGI (Filippo, S. J.): *Valore umano della scienza*, en «Humanitas», año VIII, núm. 12, diciembre de 1953 (págs. 1.200-1.205).

La ciencia moderna, además de su problemática epistemológica, lógica y metódica, tiene otra en cuanto que se relaciona con lo humano y lo moral.

La línea existencialista se inclina a criticar la ciencia desde esta relación por su tendencia al conocimiento abstracto, matematización de la realidad, abandono de los problemas propiamente humanos. Y no sólo la ciencia pura, sino su aplicación a la técnica refuerzan estos inconvenientes.

Contra esta crítica, que no deja de tener una razón parcial, es menester hacer notar lo que la ciencia tiene de necesidad del hombre, de petición de su misma naturaleza. Esta justa demanda no quiere decir que el conocimiento científico agote la realidad, sino tan sólo que es un modo humanamente lícito de dirigirse a ella.

El progreso científico, es verdad, no ha ido emparejado siempre al progreso espiritual y humano; pensemos, por ejemplo, en las modernas creaciones de la técnica bélica. Pero que el progreso técnico-científico sea una ocasión de la actual decadencia de la Humanidad no quiere decir que sea la causa. Al contrario, el que la mayor complicación de la ciencia haga cada vez más arriesgada esta ocasión no debe servir sino para ponernos en guardia. La ciencia moderna debe exigir de la Filosofía un replanteamiento de las cuestiones sobre la realidad y el ente. El Padre Selvaggi pone un ejemplo: la ciencia, decía un ilustre científico, es semejante a un globo de luz introducido en un mar de tinieblas; a medida que la luz es más intensa, la frontera con las tinieblas se agranda.

El conocimiento teórico que proporciona la ciencia tiene, pues, un valor humano cuando da al hombre un conocimiento adecuado de la realidad, no absoluto como el de Dios, sino humano y finito, pero perfectible. Pero además también las aplicaciones técnicas de la ciencia tienen valor humano. Lo que ocurre es que en este aspecto, en cuyo ámbito existen tantos peligros, es necesario recordar las palabras del gran hombre de ciencia De Broglie, que aconseja al hombre de nuestro tiempo

una intensa vida espiritual y un ideal moral.

Otro de los peligros del que hay que resguardarse es el de la especialización. La misma imposición de la ciencia, a la que antes hemos aludido, de revisar sus principios, previene contra este riesgo tan acentuado en el neopositivismo y el materialismo. — MARÍA RIAZA.

SCHUETZ (Alfred): *Common-sense and scientific interpretation of human action*, en «Philosophy and Phenomenological Research», vol. XIV, número 1, septiembre 1953 (págs. 1-38).

Dice Whitehead en *The Organization of Thought* que «ni el sentido común ni la ciencia pueden proceder sin partir de la estricta consideración de lo que es actual en la experiencia», pero que los dos tienen que superar la consideración de lo dado empíricamente y elaborar conceptos. Ahora bien, existe una diferencia esencial entre los conceptos de las ciencias naturales y los de las ciencias sociales. La de que los segundos se refieren y fundan en el pensamiento común del hombre que vive entre los demás su vida diaria. Esto es, que las construcciones de los científicos sociales son, por así decirlo, de segundo grado. Están basadas en las de los actores de la escena social cuya conducta observa el científico intentando explicarla conforme a las reglas de su ciencia. Para analizar la naturaleza específica de los conceptos de las ciencias sociales tenemos que caracterizar algunas de las elaboraciones usadas por los hombres en la vida cotidiana, que son su fundamento.

Lo que es experimentado por la percepción de un objeto se transfiere a otro similar y, en definitiva, a lo típico. El conocimiento, pues, que tiene del mundo el individuo mediante su sentido común es intersubjetivo o socializado en tres aspectos:

- 1) En la reciprocidad de perspectivas;
- 2) En el origen social;
- 3) En la distribución social.

El mundo social se presenta como algo que recibe carácter estructural y típico de las elaboraciones de sentido común. En la dimensión temporal existen con referencia a mí, en mi actual momento biográfico, «consocios, contempo-

ráneos, antecesores y sucesores. Todas estas relaciones muestran las más variadas formas de intimidad y anonimato, familiaridad y despego, intensidad y extensión».

«Acción», para el autor, significa la conducta del actor basada en un proyecto preconcebido. La acción puede ser abierta o no, por comisión o por omisión. Todo proyecto es una anticipación de conducta futura y, según Husserl, implica una idealización particular, a saber, la afirmación de que en circunstancias típicas yo puedo actuar de manera típica.

La perspectiva temporal del proyecto arroja alguna luz sobre la relación entre proyecto y motivo. Ordinariamente motivo tiene dos significaciones:

- 1) Finalidad, que desde el punto de vista del actor se refiere al futuro, y
- 2) Causalidad, que desde el punto de vista del actor se refiere al pasado que le determinó a actuar como lo hizo.

La distinción de estas dos clases de motivos es de vital importancia para el análisis de la interacción humana. Aun la más simple de las interacciones de la vida común presupone una serie de construcciones de sentido común basadas en la idealización de que los motivos finales del actor se convertirán en causales de su interlocutor y viceversa.

En el pensamiento común tenemos ocasión de entender la acción de otro suficientemente para nuestro propósito, pero para aumentar tal entendimiento tenemos que investigar el significado de la acción para el actor. Empleando la terminología de Max Weber, la «interpretación subjetiva del significado» es posible solamente por la revelación de los motivos que determinan un plan de acción.

La posición del observador en la interacción tiene caracteres peculiarísimos. El «desinterés», sobre todo, que lo hace más enterado que los dos actores en ciertos aspectos y menos en otros, que cada uno de ellos por separado.

Aunque el lenguaje ordinario no distingue entre modos de conducta sensible y racional, podemos decir que un hombre actúa sensiblemente si el modelo y el desarrollo de su acción es comprensible para nosotros, para sus consocios o para los observadores. La acción racional presupone que el actor tiene una visión clara de los fines, medios y resultados secundarios, que «im-